



Accèssit categoria jove: Historias entre lienzos Guanyadora: Elena Civit Poza (Pseudònim: Adelaida Porch)

La luz de los rayos del sol resbalaba intensamente por las rojizas tejas de la cúpula de la Catedral de Santa María del Fiore. Eran las doce del mediodía y las terrazas de los elegantes restaurantes de su alrededor se llenaban de quejas hacia la subida de temperaturas de aquel agosto florentino de 1953, críticas al reparto principal de la última película ganadora del recién celebrado Festival Internacional de Cine de Venecia, los movimientos políticos que destacaban en las portadas de la prensa, los destinos más populares para las vacaciones...

Todo ello mientras escudriñaban en los menús buscando el mejor plato principal que llenaría sus estómagos, cuya ocasión en *Il passo di Dante*, el más popular, resultó ser un sabroso risotto de marisco de gran calidad. Claramente, no era un restaurante donde cualquiera esperaría a que el camarero trajera la cuenta sin empezar a sudar. Otros de aquellos privilegiados observaban el resplandor del brillante e impoluto mármol de los muros con sus giros, hendiduras y volúmenes que conformaban las columnas y el resto de ornamentación floral y bíblica. En esta labor se encontraba Lorenzo: sus ojos castaños escudriñaban la arquitectura y, escondiendo su frondoso bigote en una taza rebosante de café *freddo*, se preguntaba las peripecias de los albañiles que participaron en dicho majestuoso edificio.

Siempre había sido un aficionado del arte, sobre todo de su estudio y de cómo los artistas podían crear mediante un lienzo, un pincel, un bloque de mármol, un martillo o a través de estructuras premeditadas, preciosas piezas únicas. Dicho interés lo heredó de su madre, Jacqueline. Su forzado acento italiano delataba su procedencia extranjera pese a haberse mudado a Florencia varios años atrás por amor.

El centro de su afecto apareció un verano en su ciudad natal, Viena. Se llamaba Alfredo, un fantástico carpintero que anhelaba ser el aprendiz de un famoso lutier austríaco. Resultó ser excelente en la materia, tanto como para conseguir suficiente dinero, volver a Italia con Jacqueline, casarse y abrir un taller de elaboración y reparación de instrumentos de cuerda en *Via Guelfa*, justo en la planta baja de su nueva casa de tres pisos. Ella estaba entusiasmada con su nueva vida florentina rodeada de arte. Una de las habitaciones se había destinado a sus obras pictóricas: la sala estaba llena de lienzos expuestos por el suelo y apoyados por las paredes, las cuales, a su vez, estaban todas repletas de bocetos.

En el centro había un gran caballete de madera con un taburete, donde podía pasarse sentada horas mojando pinceles en óleos de colores que acabarían por manchar sus manos. Una de las pocas cosas que la interrumpían eran los llantos de su preciado bebé Lorenzo, quien ya no soportaba más contemplarla desde una improvisada cama de cojines y quería los brazos de su mamá.

Pasaron algunos años y su hijo continuó haciéndole compañía en su casero taller artístico. Aún no era lo suficiente mayor como para aprender el oficio de su padre, así pues, durante los festivos del colegio, se pasaba las mañanas observándolo enseñar a sus aprendices y las tardes contemplaba pintar a Jacqueline, quien solía explicarle historias inventadas a la par que trazaba un sinfín de líneas y figuras que, con suaves giros de muñeca, transformaba en paisajes, desnudos, bailes, ninfas acuáticas con coronas de flores decorando sus largas



cabelleras de plata... Si la musa no estaba de su parte a la hora de relatar cuentos, le explicaba anécdotas de algún artista.

- ¿Sabes qué? -Decía de repente para captar su atención- Según Miguel Ángel, él no creaba las esculturas a su antojo, más bien extraía la figura que ya estaba en el interior del bloque de piedra.
- Pero no lo entiendo, ¿cómo sabía qué figura había dentro? – preguntaba Lorenzo extrañado.
- Quizá por la forma que tendría la piedra, quizá por lo que le transmitía el material, o puede que en su mente ya la visualizase. – Respondía su madre.
- ¿Cómo cuando tú pintas? – Comentaba él observándola.
- Podría decirse, yo miro el lienzo e intento entender qué me dice para pintarlo. Su tela guarda secretos y si estás muy atento puedes oírlos.

Había palabras claves que significaban el devenir de un nuevo relato: en ese caso, el pistoletazo de salida fue “secretos”. Entonces, Lorenzo se diría corriendo a su habitación a por la más cómoda almohada para apoyarla en el suelo y estirarse sobre ella, como cuando era bebé y Jacqueline lo acurrucaba entre un montón de cojines. Cuando él ya se había acomodado, empezaba el cuento: escuchar la historia de este lienzo. Está hecho de lino y concretamente lo hizo... ¿Una niña? – Acercaba su oreja al tejido cerrando los ojos, simulando que este le daba la respuesta- Sí, una niña muy bonita, estaba ayudando a su madre a tejer varias telas como ésta. Eran pobres, pero iban tirando con lo que podían. Su padre era carpintero... sí, sí que lo era y por Navidad le hacía con los restos de madera del taller, figuras de la gente del pueblo. Un año le regaló la figura del panadero y le explicó como éste, con sus gruesas manos, amasaba panecillos de diversas las formas y los introducía en el horno, perfumando todas las calles de los alrededores. Era un olor cálido que te envolvía y atraía a los clientes a su panadería deseosos de comprar los bollos recién hechos: «¿Qué desea usted?», preguntaba el panadero con el bigote lleno de harina al comprador, «Tres panecillos por favor» respondía y él añadía «Está de suerte, acaban de salir del horno». – Siempre que los personajes entablaban un diálogo, Jacqueline los interpretaba con voces distintas- Entonces el padre, cuando terminó de contarle a su hija la labor del panadero, se dirigió a la cocina y trajo consigo un panecillo de los que le había hablado.

«Si estuviese aquí me relataría algo sobre la catedral e inventaría una historia, seguramente de dos enamorados», pensaba Lorenzo con cierta nostalgia. Se terminó la bebida y, de repente el aire le transportó el cálido y envolvente olor de pan recién hecho que intensificaron los recuerdos de su madre. Pagó la cuenta al camarero y se dirigió a la panadería de la cual emanaba ese entrañable aroma. Al entrar, se percató que las estanterías del local estaban llenas de cestas decoradas con cintas y a rebosar de bollos de diferentes formas. Un alegre panadero salió de la trastienda para atenderlo. Este tenía las manos gruesas y el bigote manchado de harina. «¡Qué extraña coincidencia!», declaró Lorenzo.

- Buenas tardes, ¿qué desea usted? -Le preguntó- Si viene por los panecillos está de suerte: acaban de salir del horno.